

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION QUINCENAL

Precios de suscripción

Capital un mes	\$ 0 30
" trimestre	" 0 70
Número suelto	" 0 14
" atrasado.	" 0 20
Campana un mes	\$ 0 40
" trimestre.	" 1 00

ADMINISTRADOR: Eduardo Guimera Mac-Eachen

Peluquería de la Esperanza

DE

DOMINGO BESUN

98 — Calle Agraciada — 98

Esta casa cuenta con un surtido completo de artículos para hombres. Perfumería de las mejores fábricas extranjeras.

MONTEVIDEO

LA CONTINENTAL

ZAPATERIA

DE MATEO FATTORUSO

Especialidad en toda clase de calzado sobre medida a precios módicos. Casa especial en calzado a la Inglesa.

25 de Mayo 191

MONTEVIDEO

MOSTO, LARGO Y C^o.

Especialidad en trajes sobre medida a precios módicos.

Selecto surtido de casimiras Francesas e Inglesas.

18 de Julio 72, altos

MONTEVIDEO

AL TUPI NAMBA

Casa única y especial en elaboración de café

De Francisco San Román

BUENOS AIRES Y JUNCAL

MONTEVIDEO

ALMACEN

DE COMESTIBLES

ANTONIO J. M. GIUDICE

Especialidad en Lozas, Cristales, conservas, licores, etc., etc.

25 de Mayo núm. 398 a

MONTEVIDEO

INSTITUTO SANITARIO URUGUAYO

Baños higiénicos, salados, de asiento, de asrecho, de almidón, sulfurosos, alcalinos, mercuriales, aromáticos, de vapor, turcos, rusos, turcoromanos. Masaje higiénico y científico médico. Duchas frías, calientes, escocesas, alternas, sulfurosas, aromáticas y de vapor. Electricidad galvánica y farádica. Fricciones medicamentosas.

CARLOS SIEMERS Director
SORIANO 71 MONTEVIDEO

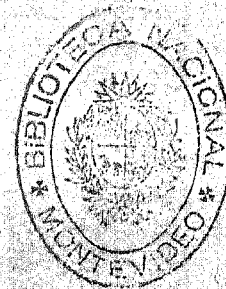
AÑO I.

MONTEVIDEO, JUNIO 1.º DE 1900

NUM 3

Revista Literaria

PUBLICACION QUINCENAL

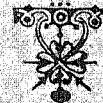


Director:

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

Redactor:

EDUARDO RICHLING (HIJO)



DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

CALLE RINCON 51

SUMARIO

Norberto Estrada	Lettres de mon moulin.
Leopoldo Lugones	La Rima de los Ayes.
Manuel Acosta y Lara.	El Día de Reyes.
Aureliano Rodríguez Larreta (hijo)	Febril
Enrique Buttaró.	Heróica.
Ernestina Méndez Reissig.	Recuerdos.
Segundo Flores (hijo)	La Primera Cana.
Alimo F. Gallardo.	La Novia Muerta.
Horacio E. Castellanos	A mi novia.
Clara Giannetto	A Él.
Raúl Montero Bustamante	Versos del delirio.
Juan Wilson	Un triunfo.
De la Redacción.	Notas

MENSAGERIAS FLUVIALES DEL PLATA

Salidas para el Litoral Uruguayo

Miércoles
Sábado

Tritón
Montevideo

Salidas para Buenos Aires

Martes
Viernes

París
Helios

Agencia: Piedras 173

REVISTA LITERARIA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

DIRECTOR: RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

AÑO I N.º 3

Montevideo Junio 1.º de 1900

TOMO I



LETTRES DE MON MOULIN

La ciudad de Nimes ha inaugurado el monumento á la memoria del novelista Alfonso Daudet, representando al insigne escritor sentado sobre una roca, en actitud meditabunda y escribiendo las *Lettres de mon moulin*, pagando así aquella nación que unicamente rinde homenaje al genio y la gloria,—deuda de gratitud merecida hácia el que dió tanto brillo á la patria cantando las glorias más dignas del aplauso que conquistara ese pueblo viril, hoy dueño del progreso y del Arte universal. Pues la muerte de Alfonso Daudet,—pensé entonces,—cuando allá se produjo, entraña para Francia algo más que la desaparición de un hombre extraordinario; porqué el gran maestro reproducía fielmente el poder de su talento en las obras literarias que publicaba. Era naturalista de las condiciones que expresa el americano Gomez Carrillo; Alfonso Daudet á los cincuenta años tenía una voz lejana sí; pero armoniosa, musical, con notas femeniles, con matices sonoros de canto y variaciones infantiles en el acento. La naturaleza y composición de esta escuela la traduce su obra maestra *Saso*, y si como doctrina buscamos la filosofía en el desarrollo de las escenas principales, no tendríamos sinó que citar como ejemplo á *La Evangelista*, y siendo muy joven se manifestaba poeta apasionado publicando el tomo de sus *Amorosas* que han sido tomadas de modelo por muchos moder-

nistas del arte psicológico. Dice Leopoldo Alas (Clarín) de Alfonso Daudet, que si no existiera Emilio Zola hubiese sido en la actualidad el primer novelista del universo. *Cartas de mi molino*, *Treinta años de París* y *Recuerdos de un hombre de letras* evidencian la imaginación de este cerebro excepcional. *Nabat* y sobre todo *Petit chose* sobrepasa lo bello para ser admirable cuentista encantador. *El sostón de la familia* solo es comparable a *Fromont jeune et Risler aîné*. *Yack*, *Tartarin de Tarascón* y demás páginas que produjo su pluma revelan el poeta de ideas profundas, el filósofo, el novelista, el historiador y el literato observando colores y matices brillantes; pues leyendo sus obras muchos han reído y llorado, así que fotografiaba el sol de París macilento, en esas tardes de cielo apagado, cuando la luz hiende en el espacio infinito densa claridad. Muerto Daudet sollozaba cada mujer a las puertas de la gloria, despidiendo al escritor delicado, el maestro que recogiera la inspiración de Gauthier y el estilo maravilloso de Alfredo de Musset. Todo París concurrió a las exequias del artista cuya pluma destilaba el genio de juventud sin apagarse el rayo de luz, que despedía la imaginación poderosa del novelista, pues la muerte arrebató a París del nervio intelectual a un escritor conocido universalmente, pero lo que era doblemente sentido y lo propio que ocurrirá mañana con Emilio Zola, talento artístico de escritor y de maestro que no tiene rival en el mundo del Arte. Así fué que la posteridad necesitando grabar su nombre en el libro de la inmortalidad, ha erigido un estátua en su patria — donde el sentimiento de lo bello ha plantado tan hondas raíces — a quién diera tanto brillo durante medio siglo al arte nacional.

NORBERTO ESTRADA

Montevideo, Mayo 23 de 1900.

LA RIMA DE LOS AYES

Quando te hablen del luto más amargo, — de las desolaciones más amargas, — de la amargura de las negras hieles, — de la negra agresión de las nostalgias, — de las almas más tristes y más torvas, — de las frentes más torvas y más pálidas, — de los ojos más turbios y más secos, — de las noches más turbias y más largas, — de las fiebres más largas y más rojas, — de las iras más sordas y más bravas: — acuérdate del tétrico enlutado, — de la lira siniestra y enlutada, — envuelta en negros paños como un féretro, — llena de sonos y de voces vagas, — cual sigimiera un alma tenebrosa — en el hueco sonoro de una caja.

Que noche! Palideces de cadáver — tenían los fulgores de mi lámpara, — y como una grande ave prisionera, — latía el corazón, allá en la estancia, — que estaba fría y negra, triste y negra: — negra con la presencia de mi alma! — De un rincón donde había mucha noche, — como un enorme horror, surgió un fantasma. — Acuérdate del ojo más opaco, — de la frente más lívida y más calva, — del presagio más triste de tus sueños, — de un miedo estrangulante como garra, — de la angustia de intensa pesadilla — que se siente caer como una lápida, — de la noche del Viérnes doloroso. . . . — Y piensa luego en mí: ¿yo era el fantasma!

¡Ah! cuando oigas hablar de esos tormentos — cuyo amargor anega las gargantas, — que aprietan los sollozos delirantes — como filosos garfios de tenaza. — ¡Ah! cuando oigas hablar de esos delirios — que atormentan las vidas desoladas, — como los vientos nubios que atormentan — la desolada arena del Sahara. — ¡Ah! cuando oigas hablar de esas pasiones — que vuelca el corazón como la lava — (candente sangre de las hondas vetas — que vuelca la erupción como honda nausea.) — ¡Ah! cuando oigas hablar de esas angustias — que oscurecen huecos en los pechos cavan, — cual la enorme espiral de remolinos — que perfora en los golfos la resaca: — diles que existe un lóbrego paraje — en la infinita latitud de mi alma, — con silenciosas noches de seis meses, — cual la triste península Kamchatka. — Que allí vive la musa de los Ayes, — mi concubina desolante y pálida, — en cuyas carnes hostilmente frías — se quiebra la Intención como una espada. — Que allí existe una cumbre siempre muerta — bajo el aire polar, y que se llama — Monte de las Tristezas, y que moran — familias de cipreses en sus faldas. — Que allí flotan lamentos de suicidas, — que allí humea una estéril solfatara, — donde están, capitales del Orgullo, — numerosas Pompeyas enterradas. — Que allí ruje una mar de ondas acerbás — que enturbia los asfaltos y las naftas, — y que en ella las almas desembocan — los tristes sedimentos de sus llagas. — Que allí brama la fiera que está oculta — trás el perfil de la frontera atávica, — que allí ladran los dogos formidables, — que allí retoña en su raíz la garra, — que allí recobra la siniestra célula — todos los cienos de su obscura infancia!

¡Ah! cuando oigas hablar de esos errantes — cuya leprosa piel quema y contagia, — cuando entres á esos lúgubres talleres — donde baten los hierros de las armas, — cuando sueñes que un sapo te acaricia — con sus besos de almizcles y de babas, — cuando recuerdes á Luzbel llorando — un llanto cruel como collar de brasas: — acuérdate del tétrico enlutado, — de la lira siniestra y enlutada, — que vibra como un féretro sonoro — que mantuviese prisionera una alma; — de los sonoros féretros que vibran, — cual las liras siniestras y enlutadas, — del pálido siniestro que te besa, — del beso de huracán que hay en tu alma, — del huracán que pone con un beso — sus negros labios en tu frente pálida, — de la estrella y la noche: — de tu alma y de mi alma!

LEOPOLDO LUGONES.

(Argentino)

EL DIA DE REYES

(Cuento para niños)

A Raúl Montero Bustamante

«Estarán blancos los tejados, grises y desnudos los árboles y el cementerio triste y solitario!»

Recítame, mamá, aquel poema que el olvidado huerfanito del asilo declamó en la fiesta de los premios. Yo no puedo recordarlo, y eso que lo sabía de memoria, — dijo el inocente moribundo á su madre con su vocesita dulce y dolorida.

¡Que contraste!

Antes, cuando estaba en el colegio, aunque aturdiera la casa con sus gritos y lo diera vuelta todo con sus travesuras, ella deseaba que volaran las horas para tenerlo de nuevo á su lado.

¡Ah! entonces, cuando volvía, eran compensados los momentos tristes en los que estaba vacía y silenciosa la casa como una jaula abandonada por su dueño, porqué tirando la gorra y la cartera, corría como un loco, gritando y saltando á arrojar en los brazos cariñosos de su madre.

Allí, en su regazo, como un niño de faldas, con las manitas entre los encajes del seno, mientras ella le separaba suavemente los cabellos rebeldes que le caían sobre los ojos, él le contaba muchas mentiras para asombrarla, mentiras que ella fingía creer; cosas del colegio, sus amistades, y hasta le daba las lecciones de corrido, sin equivocarse y lo más ligero que podía para verla sorprendida ante sus portentosos adelantos.

Una lluvia de besos que le corría desde su barbita blanca y redonda hasta sus ojos celestes de pestañas negras y arqueadas era el desenlace de aquella satisfacción que el hijo daba á su madre todos los días, sin faltar uno solo.

Después saltando de contento se iba á hacer sus deberes sentado junto á la mesa de estudio, con todo cuidado, para no confundirle los papeles á su padre ni desordenarle los libros apilados en forma de muro, alrededor de la carpeta hinchada de cartas y secantes.

¿Que quedaba ahora de aquel niño incomparable, de cabecita de oro, tan revoltoso que constituía la alegría de sus padres?

Lo tenía allí en sus faldas como entonces, sí; con sus manitos entre el seno como antes, que no habían helado el frío de la tarde ni el mármol de la balastrada donde se montaba á la manera de un jinete.

Sus labios no se entreabrían para sonreír, ni siquiera para llorar; sus mejillas estaban matchitas, sus ojos apagados y

su cuerpecito endeble y decaído; y cuando le dejaran sus brazos no sería para hacer travesuras ni correr á la mesa de estudios sino para llevarlo al cementerio triste y solitario, como decía el huerfanito en su poema, donde irían á sepultarlo en un sitio sin flores ni verja, lejos, muy lejos de donde descansan sus hermanos; en una fosa para él solito, porqué á los diptéricos nadie los acompaña al cementerio, no se velan y les buscan el muro más apartado del campo de los muertos.

Ya no haría travesuras.

¡Que injustas son las madres cuando les reconviene por ellas!

¿Cuanto daría porqué le perdonara las suyas?

¿Porqué no lo había roto todo, destruído los jarrones, despedazado sus vestidos y deshojado los libros uno á uno?

Así al menos en cada pedacito de loza, en un sitio vacío en el armario, en una página, en un fragmento deshecho por sus manos, habría un recuerdo suyo, un algo así como si quedara un átomo invisible de su alma.

—Agua, agua quiero, pero no de esa poquita y amarga que tienes siempre en un frasco, la quiero que rebose en un vaso reluciente, que hierva, que tenga tanta espuma que me salte á la cara.

La fiebre lo devoraba y la atribulada madre tenía que negársela. En vano quería hacer valer la autoridad del médico; él no oía, quería agua, se quemaba, é insistía con acento doloroso y desesperado.

Más de pronto se quedó suspenso un instante.

Se enderezó febrilmente con la mirada iluminada por un fuego extraño, y como si fuera presa de un delirio ó sublimado por una inspiración divina le gritó á su madre consternada con una voz alterada y temblorosa que no se parecía á la suya.

—¡Madre mía, hoy es el día de los reyes y no me lo habías dicho!

Era cierto; 6 de Enero. Su madre se había olvidado.

¡Cuantos recuerdos en ese día consagrado al júbilo inocente de los niños!

Pero él casi no la dejó pensar, porque exaltado por aquella lucidez que tendría la duración del último destello de una lámpara que se apaga, empezó a reconvenirla por su olvido imperdonable: no tenía muñecos, su aposento estaba oscuro; no había comido dulces, ni los reyes lo habían visitado. Era ella la responsable, nadie más que ella que había cerrado las persianas y corrido las cortinas. Seguro que los reyes pasaron junto a su puerta y no le dejaron el regalo extrañados del pobre recibimiento que les hacía, él que siempre tenía su piecita inundada de sol y perfumada por el jazmín que trepaba hasta el descanso de su ventana.

—Quiero un payaso, uno no; muchos payasos de todos colores, le decía a su madre golpeándole la cara con su manito fría y afilada. Quiero carritos y un Arca de Noé, que sea inmensa y bien repleta de carneros y chivitos; quiero soldados, con tambor de parche tirante y una corneta también con borlas rojas y celestes.

Eso me lo traerán los reyes como en otros años, pero alce bien las persianas para que cuando retornen no pasen de largo sin verme, que con la lluvia irán embozados y muy de prisa en sus caballos blancos.

La desventurada madre mandó por juguetes a un bazar cercano sin que su hijo lo supiera y abrió de par en par las celosías.

Poca luz entró por los vidrios porque era casi de noche y las gotitas de agua que el viento golpeaba contra los cristales habían empañado el lado de afuera. Se hizo necesario entonces que la pobre madre prendiese la lámpara y le diera

tanta fuerza que hizo llamada para tener contento a su hijo que temía no ser visto por los Reyes Magos.

Un silencio de tumba reinó después en la estancia. No se oía más que el ruido monótono, siempre igual del agua y la fatigosa respiración del pobre ilusionado que tenía fija la mirada en los vidrios, aprestándose a percibir el pasaje veloz de los Reyes montados en sus corceles blancos, envueltos en un torbellino de chispas menudas y relámpagos deslumbradores.

Dos golpecitos dados en la puerta hicieron volver sobresaltado al niño que despavorido como si quisiese huir de un peligro se ocultó entre las frazadas hasta cubrirse la cabeza.

Creyó que fuera el médico quién había llamado, un anciano severo y enlutado que le torturaba privándole de todo. Pero dió un grito indefinible de alegría y un salto en la camita cuando vió por entre los pliegos del reboso que su madre había entreabierto suavemente la puerta y volvía hacia él cargado de juguetes.

—Han llegado a la puerta ¡que chasco! y yo tan tonto que no pensé—le dijo a su madre, al mismo tiempo que estirando los bracitos los recibía.

—Ponme un almohadón en la espalda.

—Ahora estoy contento y si quieres tomaré el remedio.

Una mueca de profunda repugnancia hizo el inocente desahuciado al beber la cucharada de un licor tan negro y espeso que le quedó adherido en fibras en su lengua seca y amarilla.

Con el semblante descompuesto todavía por aquella impresión de desagrado, se puso con rapidez vertiginosa a alisar con las manos el abrigo de pieles y la colchita blanca que quedó cubierta de payasos tan pintarrafeados y de jorobas tan grandes que le causaban indecible alboroso.

—Estos oirán en silencio, decía señalando a los más chicos, y este grande será el director que tocará en los platillos.

¡Que tristeza daba aquello!

¡Payasos! y la muerte estaba allí quizá sentada en el borde de su mismo lecho, asistiendo impasible á aquella parodia infantil, de personajes tiesos que movían con nerviosos movimientos las manitos del enfermo. Un poco más y á su soplo helado el encanto de su alma se disiparía como la visión hermosa de un sueño.

Ya estaba todo pronto.

Las cabras, los carneros y los payasos habían invadido la almohada y se entreveraban en confusa maza con los frascos de medicinas amontonados en la mesita de noche.

Los payasos estaban listos también, en hilera como en una formación militar. Sus pinturas extravagantes y la que se dibujaba en sus rostros, le daba el aspecto de seres animados, que sentían y veían lo que pasaba á su alrededor. Daba frío mirarlos; parecía que se reían de todo y se alegraban de la muerte del pobre niño.

Dió la cuerda al mayor de todos; á uno de puntiagudo bonete que tiene debajo una caja de música y los brazos abiertos para acompañar con los platillos las melodías que salen de sus piés.

El payaso abrió los brazos lentamente y los cerró con fuerza, los platillos vibraron con un sonido lúgubre y extraño y desde la cajita comenzó una música chillona de notas tardías que acompasaba el payaso con sus movimientos medidos y solemnes.

Cesó la música y el payaso quedó inmóvil con los brazos juntos y los platillos pegados uno al otro.

El inocente desahuciado quedó como sorprendido de aquel silencio que se hacía entre sus juguetes. Sacudió con rabia el cuerpo de alambre del muñeco y las notas que antes salían pausadas y graves esta vez se atropellaban sin sentido, con tanta rapidez que los platillos en su afán por acompañarlas producían el ruido sordo de un redoble.

Aquello era un delirio; un frenesí de los resortes rotos.

—Así, así, quiero, fuerte, más fuerte, repetía presa de un temblor tan violento que hacía saltar á los otros payasos que tenía sobre sus rodillas, los que caminaban á saltitos ó se caían boca abajo como si á la vista del payaso grande les ahogara la risa y no pudieran tenerse más en pié.

El niño deja de aplaudir, sus ojos se vuelven espantados á uno y otro lado, se lleva las manos al pecho é inclina su cabecita rubia sobre el hombro de su madre que cae desplomada sin sentido al ver espirar á su hijo entre sus brazos.

Poco después el padre infeliz subía como un loco las escaleras. Había visto luz en el balcón de su hijo y una esperanza, la de que se había salvado, llenó todo su pecho.

Enagenado de alegría al percibir la música del payaso se precipitó en el aposento buscando con los ojos el rostro sonriente de su hijo. Se abrazó al cuerpo inanimado de su esposa mientras el muñeco furioso más golpeaba y la luz de la lámpara seguía iluminando los carneros las cabras los payasos y el rostro afilado del inocente muerto que sonreía como si su alma volara por los cielos en las grupas de los corceles blancos en los que los Reyes bajan á visitar á los niños.

MANUEL ACOSTA Y LARA.

FEBRIL

La sala era ancha, espaciosa, magníficamente decorada. Los cortinajes suntuosos descendían de las puertas elevadas, en extensos pliegos, llenos de magestad soberana. Los muebles de formas varias, esbeltas y graciosas, sobre el tapiz espeso, muelle, de una belleza deslumbrante. Todo formando marco á hermosas mujeres jóvenes y rientes, rubias y morenas, artísticamente peinadas, unas alto, y otras bajo, de mirada chispeante y viva, las unas, de expresión melancólica las otras: formas esbeltas de flexibles talles y porte seductor, formas finas de criaturas delicadas, hijas del amor ideal, viviendo mucho y encendiendo vidas, á impulsos de la música encantadora y voluble.

Después, fuera, sobre el suelo húmedo y frío, la garganta seca por la emoción viva, dábamos amplia entrada al aire helado de una noche cruda de invierno.

Todo había terminado, y sin embargo, nuestros jóvenes espíritus parecía que deseaban más; una turba de ideas confusas daban impulso á nuestra sangre febril agolpándose en nuestros cerebros ansiosos de actividad. . . ; y en aquella vasta soledad, alzábamos nuestras voces enronquecidas, en medio del silencio sobreponiéndonos á él, como señores absolutos de una herencia desconocida. Y el sueño, ese mudo compañero, como inculpándonos esa actividad febril, irracional, batía fuertemente sus tenues alas, pero sin cobijarnos bajo ellas, en un trans-

porte de ira amontonada. . . . La sala, el decorado, las formas flexibles y cambradas, el choque de miradas, sentimientos, todo tomaba dimensiones gigantescas. . . . Y ansioso buscaba aquellas que se habían paseado de mi brazo haciendo honor al compañero; al paso que volvía rápidamente la cabeza á aquellas que con su habilidad ó la de otros, me obligaron á acompañarlas unos minutos que me sabieron á horas; . . . y sobre todos, erguía una que rodeada de admiraciones, se paseaba severa y triunfante y á la que por un exceso de amor propio disculpable, había dejado de atender aquella noche infausta; . . . y ahora impaciente, anheloso, corría tras ella, en una explosión de entusiasmo amontonado, arrostrando los obstáculos que se oponían á mi carrera furiosa y desesperada, sediento de aspirar un momento su perfume de virgen adorada, oír de su boca los dulces rumores que se escapan de las almas bellas, en que el amor ha hecho su nido. . . . Y seguía corriendo, ansioso, como si el plazo que se diera á mi felicidad estuviera próximo á su fin, como si todo un bello mundo se escapara de mis manos de conquistador; . . . hasta que descompuesto, con el cabello pegándose á las sienes, la mirada opaca, fui á caer en un pequeño sofá casi exámine, pero junto á ella, que me miraba con la mirada tranquila y risueña de un ángel vencedor, pero magnánimo en la victoria. Entonces creo que sus labios dulces se posaron sobre mi frente cansada refrescándola, que sus grandes ojos negros, brillantes, comunicaron vida á mi mirada mortecina, y que un hálito extraño refundió nuestras dos almas en una sola, haciéndonos fuertes en nuestra profunda debilidad mortal y grandes en nuestra intimidad de enamorados.

AURELIANO RODRIGUEZ LARRETA (HIJO)

Mayo 25 de 1900.

HEROICA

El que no lucha es un cobarde. Tiene
la vida, en sus combates, muchas glorias,
que coronán el triunfo del *Soldado*—

Humanidad, si obtiene
saturarse con luces de victorias....
Luchar es comprender el levantado
pensamiento de Dios. El que se arredra,
vitupera lo noble de la vida....

El que se abate y en el miedo medra,
merece execración. ¡Valor! Empuje!
¡No hay que fijar los ojos en la herida,
cuando el combate, ruje...!

ENRIQUE BUTTARO

RECUERDOS

Recuerdo de esas horas ya pasadas
De ventura y encanto,
Huid, te ruego, daña tu visita,
Dejame sola con mi pena y llanto.

Huid recuerdos de mí; fieles reflejos
De una dicha extinguida;
Huid, por Dios, tu presencia desespera
Los dolores tan negros de mi vida.

Huid muy lejos, más si á contarte llegan
Que se ha helado mi frente,
Entónces ven y dile al que idolatro
Todo lo que trajiste hoy á mi mente.

ERNESTINA MÉNDEZ REISSIG

LA PRIMERA CANA

A Delia

I

¡Una cana! . . . Soy joven todavía
Y brillan en mi sien hilos de plata.
¿Porqué esa cana en la cabeza mía?
Vendrá á turbar la plácida alegría
del vínculo sagrado que me ata? . . .

No se porqué en mi juvenil cabeza
temprano empieza ya á nevar ¡Dios mío!
Si soy feliz é ignoro la tristeza. . .
á que tan pronto me anunciáis el frío?

Porqué breve en el curso de mi vida
la vejez me sonríe tan cercana?
Y entre el cabello como luz perdida
ya brilla Delia, una primera cana!

Porqué ha turbado esa importuna cana
mis ensueños tan dulces y tranquilos?
¡Que importal me dirás, quién bien te ama
tiene también de plata muchos hilos. . . .

Guárdala, te la doy, aunque me hiera
la arranco para tí que eres mi vida.
Es la dorada juventud que muere:
Es su postrer adiós de despedida.

SEGUNDO FLORES (HIJO)

Mayo 18 de 1900.

LA NOVIA MUERTA

A mi querido amigo
Luis Saavedra.

La mañana presentábase magnífica; un sol esplendoroso nacía en el Oriente, envuelto en los tintes vaporosos de la aurora, sin nada que ocultara su grandeza, derramando torrentes de luz, entibiando el ambiente, un ambiente impregnado de perfumes de campo, arrancados por una brisa sutil de las flores.

La campiña ofrecía un encantador aspecto: por doquier la vida se manifestaba, ya por la vegetación soberbia, hija de regiones tropicales, ya por la alegría de aquella Naturaleza adórbale; un cielo azul, de pureza angelical, servía de fondo á aquel magnífico cuadro y el verde realzaba grandemente su colorido; en el horizonte la vista se perdía entre reflejos de turquesas y centelleos de esmeraldas; desde allí, la tierra y el cielo unidos, acariciándose dulcemente, parecían contemplar con alegre sonrisa, el despertar de la Naturaleza, en aquel día hermosísimo de Otoño

La habitación de Luis, ofrecía un aspecto tranquilo; la luz que alegre penetraba por los cristales, caía sobre su mesa de trabajo como cascada luminosa; el joven daba el último repaso á los cursos, pues el examen se aproximaba rápido muy rápido. Ensimismado en el estudio, con su imaginación dedicada á la resolución de las arduas teorías del derecho, en nada pensaba, nada distraía su atención de los libros, ni aún aquella luz, emblema de grandeza, que había invadido su habitación para lle-

varle algo de la alegría de aquel día magnífico de Mayo. De pronto, el agudo sonido de la campanilla eléctrica, conmovió rápidamente su ser, agitando su alma que sintió una extraña conmoción, un algo misterioso; parecía que su corazón alojaba un incierto temor. Levantó la vista, cuando en su puerta presentábase el criado, el cual murmuró breves frases: hacedlo entrar, contestó Luis poniéndose de pié. Trás rápidos instantes, un joven paróse en el dintel de la puerta y avanzó con paso vacilante; su rostro descompuesto, su mirar vago é incierto, revelaban en él al hombre cuyo corazón está abrumado por el peso de una gran desgracia; sonidos inarticulados salían de su oprimida garganta, en tanto que por sus mejillas deslizábase lágrimas de dolor. El joven era portador de una noticia abrumadora, terrible para Luis: la novia del estudiante había muerto en aquella mañana purísima, bajo aquel cielo de matiz risueño. Entre ahogados sollozos dió cuenta de la misión que le fuera encomendada, retrocediendo con el alma impresionada al contemplar el rostro de Luis, ante la inmensa pérdida.

Las últimas claridades del crepúsculo perdíanse en el Occidente, siguiendo al sol en su triunfal carrera; la noche todo lo invadía, envolviéndolo todo en sombras y tristezas; la luna tendía silenciosa su malla de hilos de plata, rodeando de misterio á la pradera; á la alegría del día, sucedía la melancolía de la noche; en todas partes el silencio, en todas partes el reposo. La habitación de Luis, ofrecía la misma tranquilidad, el mismo silencio; el joven estudiante permanecía inclinado sobre su mesa de trabajo; sus manos oprimían colvulsivas su frente que la fiebre abrazaba con crueldad; su alma estaba junto al lecho de la muerta —en ella pensaba, hacía ella volaba su imaginación en aquellos

instantes de dolor supremo; le parecía verla, pero verla como pocos días antes, llena de vida, de juventud, con sus grandes ojos negros, con aquel rostro de belleza americana, armonicamente combinado con las líneas griegas de su cuerpo; parecía sentir todo el fuego de su mirada abrasadora, que le llegaba al corazón para hacerle objeto de dulcísimas sensaciones; recordaba los momentos de felicidad infinita, que había pasado junto á ella en días claros y serenos como su alma y ahora ahora estaba lejos, muy lejos de ella, rodeado por aquella realidad tirana, que abrumaba su alma, que su corazón había lacerado, destruyendo sin piedad, un mundo de cariñosas ilusiones, forjadas al calor de nobles pensamientos; la veía envuelta en el súbre sudario, blanco como el jazmín, como la azucena blanco, haciendo resaltar su rostro moreno, sin expresión, sin vida, cubierto de flores, que parecían arrullar su eterno sueño

ALIMO F. GALLARDO

1900.

A MI NOVIA

I

Yo poseo en mi mente soñadora
Un ideal que idolatra el alma mía,
De tez morena y faz encantadora
Como la aurora al despertar del día.

II

Es su cariño mi mayor consuelo,
Con su bondad mitiga mis enojos,

Y creo contemplar la luz del cielo
 Cuando me miro en sus divinos ojos.

III

Su rostro de querube me enajena,
 Su juventud mi corazón encanta,
 Es su alma noble de virtudes llena
 No un alma de mujer . . . sinó de santa.

IV

Cuantas veces en éxtasis profundo
 Contemplo su belleza inmaculada
 Y exclamo: nada vale en este mundo
 Comparado á mi novia idolatrada.

V

La quiero con delirio; y ella me ama.
 Con su cariño puro y verdadero
 Ha encendido en mi pecho inmensa llama
 Símbolo ardiente de un amor sincero.

HORACIO E. CASTELLANOS.

Febrero 22 de 1900.

A ÉL

Llegan las dulces horas de la tarde
 Sumiendo el alma en celestial ensueño,
 Los pesares se borran
 Tras los fulgores de irisados velos.

Frente al bello esplendor de la campiña
 Que baña el sol en vívidos reflejos,
 En emjambre divino
 Brindan las Ilusiones, su misterio.

En esas horas de sin par dulzura,
 De eterna languidez, cuando en el cielo
 Se reclinan las nubes,
 Y es todo acá en la tierra, paz, silencio. . . .

Cuando las flores con amor extienden
 La ténue seda de sus niveos pétalos,
 Y en el aire hay perfumes
 Suaves y puros, de azahar y trébol.

Mi alma te llama; sus potencias todas
 Vibran unidas en ferviente anhelo
 El de posar los ojos
 Sobre los tuyos de mirar sereno.

.

Pasan las dulces horas de la tarde
 Como aves bellas en pausado vuelo,

La luz en la onda muere,
La sombra extiende sus crespones densos.

No dejes que la lúgubre tristeza
Tienda los suyos en mi amante pecho,

De tu mirada pura
La luz divina cual caricia quiero.

Quiero tu dulce amor y con delirio,
Como los siento en mis más dulces sueños,

Sentir como palpitan
Sobre mi frente, tus ardientes besos.

CLARA GIANNETTO

VERSOS DEL DELIRIO

.....
Tu me verás errante
envuelto en mi dolor y en tu recuerdo.
Tu me verás lanzando a los espacios
el himno inacabable de mis versos,
y tu impasible
no oírás mi ruego.
.....

Yo vagaré en la sombra de la noche
y arrullaré tu sueño,
tu sentirás mis labios que se posan

sobre tus labios trémulos.

Yo erraré entre las sombras taciturnas
envuelto en un girón de tu recuerdo,
yo llegaré hasta tí en la brisa helada
que juega con tus lánguidos cabellos,
y prenderé en sus hilos
mis cantos y mis besos.

.....
... me verás a tu lado
en las noches profundas del Misterio,
yo soplaré en tus sienas
y apagaré tu fiebre con mis besos,
y te diré al oído
mis ansias y mis sueños.

.....
Yo buscaré en mi alma
la sombra celestial de tu recuerdo,
yo empaparé tus horas de amargura
con las lágrimas frías que cayeron
como estrellas errantes
de mis ojos ya secos.
.....

.....
yo he de llegar sin ruido a tus cristales
y he de golpear en ellos,
y me has de abrir mi vida,
y yo entraré en tu virgen aposento,
y llegaré despacio
hasta tu mismo lecho.
Yo he de adornar con flores de mi alma

la palidez de tu semblante trémulo,
y rociaré tu frente de alabastro
con el agua inmortal de mis recuerdos,

yo llenaré tu rostro
de flores y de besos.

Yo haré que la sonrisa de tus labios
se eternice entre ellos,

Yo fundiré en la luz de tu mirada
mi amargo sufrimiento,
tu me verás besarte
emocionado y trémulo.

Yo tomaré en mis manos convulsivas
tu misterioso cuerpo,

yo formaré tu tálamo y mi tálamo
con todas mis canciones y mis versos,

yo evocaré á la Sombra
yo evocaré á la diosa del Silencio,
y allá en una comarca

apartada del mundo de los Sueños,
tu serás mía

bajo la santa bóveda del cielo! . . .

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

1900

UN TRIUNFO

M. . bajo la impresión del fracaso reciente, resonando aún en sus oídos, los gritos odiosos de la multitud y los silvidos de la plebe, se puso á escribir como un loco, febrilmente, con ansia, llenando cuartillas y cuartillas, desenfrenadamente, como si en aquel trabajo inaudito en que se arrojaba, sintiera un alivio grande, un olvido á su perdida esperanza, á la ilusión desvanecida en una noche maldita. Y de aquel trabajo enorme, de aquella tarea espantosa impuesta á sus nervios cansados y á su cerebro debil, surgió la anemia devastadora de las fuerzas, con todos sus desfallecimientos, con todas sus estrañas tristezas, sus entusiasmos rápidos y sus negros desalientos. Y sin embargo, dominando aún con su voluntad, la pobreza de su sangre, seguía escribiendo siempre, escribiendo hasta llegar al fin. Y su voluntad venció á su pobre cerebro cansado, el drama terminó; y cuando M. . en el canáculo de la calle S. reunidos sus amigos, se levantó para leer su drama, una sonrisa de compasión, cruzó por todos los labios M. . la percibió y alzándose, soberbio, lento, con su voz débil pero segura, con pausa, empezó su lectura.

El drama concluía, M. . pálido, lleno de agonía, leía los últimos versos, cuando aquellos nervios demasiado tensos, estallaron en un estruendo de aplausos, de gritos mezclados con lágrimas y con suspiros ahogados. M. . impasible, lleno de la solemnidad trágica de su drama, inscu-

sible á los aplausos y á las aclamaciones, la mirada vagando en el espacio, el pecho hinchado por un sollozo, su frente pálida echada hácia atrás, proseguía su declamación. Y cuando el último verso, mezclado con un gemido brotó de sus labios, sus ojos se apagaron, su cara se tornó lívida, su pecho se hundió en un espasmo supremo, su espalda pareció hincharse ante un soplo poderoso y de su boca salió un chorro de sangre negra, pesada.

Su triunfo acababa de matarlo. . . !

JUAN WILSON.

NOTAS DE REDACCION

Roberto de las Carreras, con amable dedicatoria nos ha enviado su libro. La sola galantería del literato nos obligaría á ocuparnos de *Sueño de Oriente*. Sin embargo aún cuando no mediara el hecho del envío, nos hubiéramos ocupado del un libro que es sin disputa, la nota literaria más alta que este año se ha dado en Montevideo.

El libro de de las Carreras ha caído en nuestro ambiente intelectual como una bomba. A la sorpresa, al aturdimientos de los primeros instantes, ha sobrevenido la calma, el silencio, la atonía. Este hecho por sí solo demuestra, que se trata de algo nuevo, de algo inesperado. A los gritos de protesta de los unos, de horror de los otros, de espanto de estos y de rabia de aquellos, ha sucedido la indi-

ferencia. El egoísmo, ese miserable egoísmo que impera en nuestro pobre intelecto; la envidia, esa espantable y horrible envidia que lo diesma, todo ese conjunto de miserias, de mezquindades, de cobardías, todo todo ha estallado en una lucha sorda e intestina, en una guerra implacable pero cobarde porque se oculta; minando, minando cada vez más, inoculando en nuestra pobre sociedad el virus enfermo de la mentira. Por otra parte la crítica ha callado, haciendo el vacío al rededor de la obra. El libro de Roberto de las Carreras ha sido víctima de nuestras miserias y de nuestras mezquindades.

Sueño de Oriente es sin duda alguna lo mejor en su género que se ha escrito en Montevideo de mucho tiempo á esta parte

Prescindiendo de nuestros convencionalismos respecto á su moral detestable, al fondo de la obra, á su sensualismo espantoso, al refinamiento salvaje y á la vez sublime con que ha sido escrito; su brutalidad exquisita, y el erotismo enfermo que de él se desprende, *Sueño de Oriente* es una verdadera joya única del género.

La factura es soberbia, artística, brutalmente hermosa. El lenguaje exuberante, rico, lujurioso. Derroche de color y de armonía, torrentes de luces y de resplandores, todo, en una mezcla artística, sublime. El lenguaje se desliza correcto, rápido, chispeante, sin una dureza, sin una salida de tono, sin una palabra de más, sin nada que lastime el oído, y en esto nos recuerda al burilador de los párrafos, al verdugo de la frase, al maestro Flaubert. *Sueño de Oriente* es un libro de trabajo, de trabajo paciente y continuado, en que la lima manejada habilmente no ha dejado una arruga, una sola sinuosidad. Y en esa superficie, lisa, bruñida, de cristal, las ideas corren, se deslizan en torrentes desatados, con diafanidad transparente. Su estilo es impecable.

Por otra parte el libro es lamentablemente venenoso. Su lectura hace mal, el refinamiento salvaje de su sensualismo enloquecedor emponzoña. Escalofríos y estremecimientos vagos nos recorren la médula, contracciones espasmodicas nos sacuden, y es preciso arrojar lejos, ese veneno sublime que se filtra en nuestro ser y nos

enloquece.

—Es el himno de la carne, su grito potente y grandioso que se eleva sorbe nuestro pobre espíritu que duda y se aterra. Y el delirio termina al fin, la cuerda demasiado tensa estalla con el chasquido de un beso. El sueño ha terminado y viene la realidad, que como fresca brisa sopla en las últimas páginas del libro y nos refresca la frente y las entrañas. Pero por sobre todo esto, la verdad se destaca, poderosa, deslumbrante.

La verdad es arte. Y triunfando la verdad, triunfa el arte. Y de los escombros y las ruinas que de las Carreras produzca con su libro, este se elevará siempre como una cruda nota de arte, como una manifestación soberbia de la verdad.—

Roberto de las Carreras ha sido un gran audaz, su espíritu independiente y revolucionario ha estallado en esa suprema mueca de desprecio ante la sociedad que el compadece y de la que él se burla.

Para él no existen convencionalismos, ni respetos; él hace caso omiso de nuestras leyes sociales y de nuestras costumbres; y por sobre todo esto, se alza él con la audacia y la altivez del hombre libre, del hombre independiente y seguro de la grandeza de su libertad. Sus extrañas teorías morales las sostiene con tanto candor, con tanta ingenuidad, con tal infantil convencimiento, que es preciso perdonarle. Roberto de las Carreras es un convencido.

Sus ideas son malas, espantablemente malas. Realmente hace daño ver sostener con tanta candidez lo inaudito, lo absurdo, sonreír con tanta alegría ante el adulterio; y encogerse de hombros con desprecio ante tanta monstruosidad.

Sin embargo, su audacia le gana el perdón, Roberto de las Carreras está perdonado de antemano.

Sueño de Oriente es un libro que ha sido repudiado, y sin embargo se ha vendido, ha tenido salida, llegando á ser un verdadero éxito de librería, y esto, ¿que prueba? sencillamente la hipocresía de nuestro público, que lee á hurtadillas, y en la soledad de las habitaciones lo que excomulga.

Sin duda alguna el libro de Roberto de las Carreras, no es me-

ritorio, no se hace acreedor al aplauso del filósofo ó del moralista, es sencillamente un libro funesto, pero del punto de vista artístico, despojados de nuestras pobres ideas morales y de nuestros convencionalismos, resulta esplendidamente hermoso. Allí hay arte, allí, hay vida, hay luz, hay color, hay armonía, hay verdad, hay sinceridad, y de la suma de todo esto tiene que resultar una nota brillante. Hay vida, porque bajo el estilo deslumbrador del libro vemos agitarse sus figuras, moverse sus imágenes y más de una vez nos detenemos admirados y confusos ante una figura demasiado atrevida ante una imagen demasiado verdadera. Hay luz, porque es un libro deslumbrante, transparente, diáfano, sin oscuridades y sin arcaísmos. No tropezamos ni con enigmas, ni con problemas oscuros. Hay color, porque la paleta del pintor ha quedado exhausta, vacía, en el derroche inmenso de colorido que ha hecho, vertiendo en el libro con mano generosa chorros de color, verdaderos torrentes de matices; hay armonía, porque la unión ha sido hábil, porque no se eleva en el concierto del libro ni una nota falsa, todo ha sido previsto. Hay verdad, porque el libro por sí solo constituye una verdad. Y volvemos á decirlo la verdad es arte.

En resúmen, *Sueño de Oriente*, no es un libro para nuestro medio.

Nuestro público atento solo á su tendencia sensual á su fondo demasiado carnal, no ha mirado la forma, que ha pasado desapercibida en el concierto de reproches y de protestas dirigidas á su autor.

Pero aún, admirando el lado artístico de la obra reprochemos duramente á ese espíritu demasiado altivo que nos ha deslumbrado, pero que ha inoculado en nuestro espíritu el opio venenoso de sus delirios.

Que hayan aplausos pero que también hayan censuras.

Colaboradores.—Ernestina Méndez Reissig es ya demasiado conocida en nuestro mundo intelectual para que pretendamos presentarla. Sus melancólicos versos, impregnados de vaga tristeza, llenos de ese extraño é indefinible anhelo que llena las almas soñadoras, engalanan ya las páginas de las primeras revistas americanas.

Nosotros, unimos nuestro pobre aplauso á los que ya ha cosechado la inspirada poetisa, y nos descubrimos con admiración ante su talento.

Norberto Estrada, el infatigable trabajador, brillantemente conocido en las letras americanas, á las que ha dedicado con verdadero tesón de luchador sus notables aptitudes de nuevo engalana nuestras páginas, con una nueva producción de su ingenio.

Propagandista de fé, no retrocede ante los obstáculos que día á día se oponen á su paso, y que él salva con la suprema seguridad de un convencido.

Lástima que la patria haya sido tan ingrata con uno de sus hijos predilectos.

Nosotros arriamos nuestra bandera en señal de admiración, ante el notable literato y nos enorgullecemos de contarle entre nuestros colaboradores.

Aureliano Rodríguez Larreta (hijo) es un espíritu delicado y aristocrático, que se nos antoja salido de la *Bohemia* de Müger. Su prosa tiene el supremo desaliño de la despreocupación: Parece

escrita en un ambiente extraño, lleno de eco del barrio Latino. Rodríguez Larreta dá brillo á nuestras páginas.

Enrique Butraro desde Buenos Aires donde reside nos envía la notable poesía que publicamos. El distinguido poeta nos promete su ayuda. Gracias colega.

Segundo Flores (hijo) es poeta de vuelo. Algo desaliñado sacrifica la pluma á la inspiración. Sus hermosos versos impregnados de vaga melancolía serán sin duda leídos con gusto.

Horacio E. Castellanos, un joven que hace sus primeras armas demostrando que posee no comunes condiciones. Adelante.

Clara Gianeto, de delicada é exquisita inspiración, ha vaciado en el molde de sus versos todo un tesoro de ternura y de sentimiento.

La forma correcta del verso, así como su floridez, revelan en su autora notables disposiciones. Clara Gianetto es una promesa halagüeña para nuestras letras.

NOTA DE ADMINISTRACION

Se ruega á los señores suscriptores de campaña se sirvan remitir en estampillas el importe de la suscripción vencida,

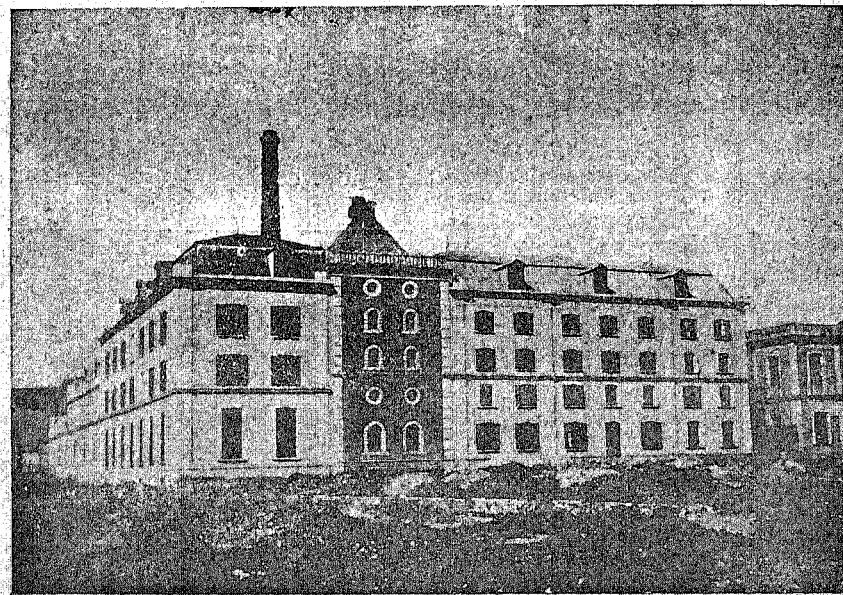
CERVECERIA URUGUAYA

Sociedad Anónima

MONTEVIDEO

CAPITAL \$ 826, 400.—ORO

Oficina Central Calle Asunción entre Cuareim y Figueroa



Cerveza Blanca, Negra y BOCK «de invierno»

Hielo cristalino

SERVICIO A DOMICILIO

Ed. W. Richling

Gerente